



COSITAS SUELTAS

Por Carlos Robreño

IGUAL que después de la negra noche, brilla esplendente el sol en el Oriente y en este clima tropical, tras los an. enazadores nubarrones en pocos segundos se transforma la decoración para dejarnos contemplar un cielo azul purísimo, en los graves problemas nacionales suele suceder del mismo modo, justificándose así la famosa frase de Fernández de Castro: "Lo bueno que tiene eso, es lo malo que se está poniendo".

Aunque nosotros nos concretamos en esta columna a comentar los hechos acaecidos, cuando una circunstancia cualquiera nos brinda la oportunidad de extender nuestro espíritu periodístico a los campos del reportaje, tampoco la despreciamos y por eso hoy podemos ofrecer a nuestros lectores las primicias de una noticia sensacional que acaso marque un nuevo rumbo en el futuro del país.



Ya sabemos que en nuestra historia política se han escrito los más recientes capítulos de madrugada y, por no ser menos, en estas horas, antes del alba ha ocurrido un hecho de suma trascendencia nacional.

A una finca cercana a la capital, que no es precisamente esa donde se elaboró un plan que no ha tenido gran aceptación que digamos, llegó al filo de la medianoche el general Batista acompañado de algunos de sus más cercanos colaboradores: Santiaguito, Riverito y no decimos Justico Luisito, por el respeto que nos inspira su edad.

Sin pasar a la sala de la magnífica casa de vivienda quedaron Anselmo Alliegro, a quien seguramente le daba pena formar parte de la reunión después de sus célebres declaraciones y el entusiasta Gallo Cantuz.

No habían pasado muchos minutos, cuando junto a la puerta principal se detuvo un automóvil y rápidamente bajó del vehículo un hombre alto, entrado en años, algo encorvado de hombros y tocado con el clásico pajilla de otros tiempos. Se trataba del doctor Ramón Grau San Martín.

Recibido con todos los honores, dada su condición de ex presidente, Gran San Martín fué acompañado hasta el despacho donde se hallaba

Batista. Los primeros instantes fueron de ceremonioso embarazo; se dieron la mano friamente y trabajo costó que se iniciara el diálogo. Luego, en el calor de la conversación, ambos recordaron los abrazos que en tiempos pretéritos se dieron en la terraza norte de Palacio y tuvieron, por supuesto, buen cuidado de no repetir los horrores que cada uno decía del otro en la terraza sur.



Un nuevo vehículo se detuvo a la entrada y descienden de él, dos hombres jóvenes a quienes el destino ha unido de nuevo: Millo Ochoa y Pardo Llada. Son introducidos igualmente en el mismo despacho donde sí parece que caben más de tres. Y la tertulia se completa cuando asoma una figura alta y delgada: es Carlitos Márquez Sterling.

Más de una hora duró la conversación a puertas cerradas y los puntos que en ella se trataron no pudo conocerlos de manera oficial el periodista, pero hasta él llegaron rumores de que se avino a un acuerdo en determinados aspectos del problema nacional.

Se habló de unos comicios dentro de breve plazo, presididos por un Tribunal apolítico y neutral integrado por un miembro de los Leones, un socio del Club Rotario y el jefe de los Boys Scouts.

Se discutió igualmente la posibilidad de sacar a elecciones dos presidencias: una, de categoría abierta, con objeto de que en dicha pugna puedan participar todos los ciudadanos que se crean con derecho a ella. Y la segunda, para mayores de setenta años, en la cual podrán inscribirse Grau y el Mayor Pozo o sea el más Justo Luis de los Alcaldes.

Se discutieron, como es de suponer, otros muchos temas, mas no necesitábamos saber otra cosa. Con la esperanza de haberse encontrado ya el camino de las soluciones nacionales, emprendimos el retorno a la redacción, pero al llegar a la puerta, el pavoroso estruendo de un petardo nos detuvo momentáneamente y al querer emprender de nuevo el camino, nos topamos frente a frente con el paciente Liborito que llevaba colgado al cuello un expresivo letrero: "¡INOCENTE!".